

EL CERDO

Mi padre es un avaro de marca, lo sé muy bien, yo que no tuve casi nada de lo que tenían mis compañeros de escuela siendo que sus familias tenían menos posibilidades económicas que en la mía. En mi casa se ahorraba en todo, hasta en lo más insignificante. Mi padre nos repartía día tras día el papel que íbamos a usar en el excusado. Si alguno de nosotros se enfermaba de diarrea tenía que limpiarse con agua. Y así nos daba un jabón por semana, una pasta de dientes que debía durar quince días, un cepillo para un año entero. Todas las lámparas de la casa, incluyendo los candiles de la sala y el comedor que heredó mi padre, sólo tenían un foco. Ni que decir de la ropa. No recuerdo que me hayan comprado ninguna, toda la heredé de mi hermano mayor y de él mismo. Ropa por demás muy usada y en pésimas condiciones. A mi madre le daba para el gasto haciendo antes una lista de lo que había que gastar, ni un centavo más de lo necesario, nada de gustos o antojos.

En la casa jamás vivió alguna mascota como puede ser un perro o un gato, no, eso ocasionaría gastos. De viajes ni hablar, ninguno, bueno, ni siquiera paseos en la misma ciudad. Todo lo teníamos medido. El tiempo de usar la luz en nuestra recámara, el gasto para ir a la escuela y volver, los libros necesarios, ni uno más; por supuesto no teníamos televisión o radios, esos gastan mucha electricidad.

Ya joven me atreví un día a preguntarle que qué hacía con el dinero que ganaba con las rentas de las casas que le dejó su padre, con el dinero de su jubilación, con todo el dinero que debía tener en el banco y que por fuerza le tenía que producir una entrada fuerte. También le pregunté por las joyas de la abuela que desaparecieron misteriosamente al morir esta. A mi madre no le tocó ninguna. Al terminar mis preguntas se puso rojo, creí que iba a estallar., carraspeó, dio media vuelta y se fue. Supe que nunca me iba a contestar.

Leí que los avaros se encierran, generalmente en sus bibliotecas, abren la caja fuerte, sacan sus tesoros: monedas de oro, joyas, billetes, títulos de propiedad y etc. etc. y se ponen a contarlos disfrutando enormemente mientras lo hacen. Mi padre nunca hizo eso. Lo sé porque lo espí no una vez sino cientos de veces. Alguna de todas ellas podría darme la clave, pero nada.

Ahora bien, de que tiene mucho dinero lo tiene. Para mí que es millonario. Son muchos años de avaricia.

Mi madre llora cada vez que tocamos alguno de los hijos el tema, trata de cualquier forma justificar a su marido. “Hijito, tu padre no tiene nada de eso que tú dices, tu padre trabajó toda la vida y lo que ganó se lo gastó en ustedes, en darles educación, en pagar médicos” Ella tampoco escuchaba cuando le decíamos que todo eso era mentira, que fuimos a escuelas de gobierno que no costaban, que si nos enfermábamos nos llevaban al dispensario de la iglesia de la colonia.

Mi única venganza fue comenzar a llamarlo cerdo en lugar de papá. Preguntaba si ya llegó el cerdo o a dónde está el cerdo. Mis hermanos se reían pero no me preguntaron porqué lo llamaba así. Me imagino que pensaban porque el cerdo come puros restos que es lo que nos daban a nosotros. En ese caso los cerdos seríamos los tres, mi hermana Rosa, mi hermano Arnulfo y yo.

Mi madre se molestó mucho con el apodo, me pidió primero que no lo anduviera diciendo, después me lo prohibió. Eso me causo risa pues ella no es capaz de prohibir nada pues sabe que nadie le va a hacer caso. A continuación suplicó, me dijo que lo podía escuchar mi padre y que se iba a molestar mucho. Me vale, le contesté.

Hace un mes me llamó mi avaro favorito a su recámara. No sé por qué pero me imaginé que al fin me iba a decir dónde tenía el dinero, que hacía con él, que pensaba de sus riquezas en caso de morir, algo que todos tenemos que pasar. Contento fui para escuchar la gran verdad que tantos años estaba esperando.

Oí que me llamas cerdo. ¿ Es verdad? Tuve que admitir que sí lo era. Muy bien, dijo, ahora me podrás decir cuál es la causa de este apodo tan denigrante, que él no había hecho nada en la vida para merecerlo, que al contrario...y ahí se echó todo un rollo de lo que había hecho por la familia y en especial por mí. Todo lo dijo calmado, controlándose, pues eso no le he dicho, además de avaro mi padre tenía un carácter del demonio. Yo me sonreí de lo que me dijo. Ahí empezó su furia. El siguiente paso fue exigir que le dijera la causa del sobrenombre.

¿De verdad quieres saberlo?, le dije, está bien, te lo diré. Porque tú eres igual que un cerdo, los dos vivos no sirven para nada, en cambio ya muertos sirven mucho, como nos va a servir tu dinero cuando estires los tenis.

Ese día tuve que salir de la casa, bueno, no tuve, me sacaron de la casa. Ahora tendré que esperar a que el cerdo se muera. Espero que no tarde mucho.

Tomás Urtusástegui

mayo 2006